

Juan Antonio Arbeloa Arbeloa

V-1993

Nació en Aibar (Navarra), de cuyo paisaje y recuerdos se nutren algunos de sus relatos. Reside actualmente en Barañáin (Navarra).

Maestro de Educación Infantil en el Colegio Público Ermitagaña, en Pamplona. En 1991 fue galardonado por el M.E.C. con el Tercer Premio Nacional a la Innovación Educativa por su trabajo «Ladrillo a ladrillo».

Autor de numerosos relatos, ha obtenido los premios literarios *Tomás Fermín de Arteta, Ciudad de Burlada, Ayuntamiento de Barañáin, Villa de Azagra y Pedro de Atarrabia*, Villava, en 1990 y 1993.

En 1991 el Gobierno de Navarra le concedió una Ayuda a la Creación Literaria.

Tiene publicado un libro de relatos: «Relatos Aciagos».

EL LECTOR OCASIONAL
(O EL LIBRO DEL AÑO)



La mañana del 5 de junio, un joven se levantó a una hora más temprana de lo habitual. Bajo una torrencial ducha de agua tibia (la *alcachofa* se había estropeado y aún no había sido reparada) intentó recordar el título de la «**magistral novela, rebosante de maravillas...**» recomendada en la revista; en aquella revista que su madre compraba semana a semana, y cuya adquisición era uno de esos actos mecánicos a los que en el transcurso de la vida –en especial si casi todos los días se parecen– se aveza uno inconscientemente. El joven la ojeaba muy de cuando en cuando deteniéndose en la sección cultural que informaba de las novedades discográficas y, con menor frecuencia, ofrecía sinopsis y vagas críticas de algunos libros. Y precisamente era el título de uno de ellos el que ahora trataba de recordar. Mas bajo aquel chorretón de agua damocliana, bajo aquel H2O sostenido estrellándose contra su cabeza, apenas si pudo percibir confusamente noticias que la radio emitía: el hito histórico del equipo de fútbol al clasificarse para disputar la Copa de la UEFA, o el machacante recordatorio, entre sones de bombos y clarines, de encontrarse la ciudad en el umbral, apenas a un mes, de celebrar sus fiestas.

Al abrir la persiana de la ventana de su habitación pudo observar el cuadro de un cielo azul en su totalidad que hacía presagiar un día magnífico, como si el sol remolón de primavera se decidiera a regalarse, sin el peligro, como ya ocurriera años atrás (fue espantoso abrirse camino entre el tráfico de paraguas que se

abrían y se cerraban) de que vientos frenéticos o tormentas inoportunas impidieran el normal desarrollo de la Feria del Libro.

En el cuarto de baño se cepilló los dientes con una fuerza inusitada, hasta el punto de sangrar por las encías. Su madre, que hacía un rato que iba y venía por la casa, extrañada no tanto por lo intempestivo de la hora, sino por el esmero puesto en su aseo cuando de siempre había sido bastante marrano, pensó que su hijo se habría enamorado. Ya en el pasillo le saludó con un buenos días adornado con una sonrisa entre cariñosa y aviesa. El joven la besó en la mejilla, y le pidió el último número de la revista. Por vueltas y vueltas que le hubo dado a su cabeza no consiguió recordar el título de la **«magistral novela, rebosante de maravillas, que narra la metamorfosis imaginaria de un gris empleado...»** La madre, mientras dirigía sus pasos hacia la sala, *«la habré guardado en el primer cajón del mueble blanco, allí va a parar todo»*, no pudo evitar preguntarle adónde iba, a qué venía semejante madrugón y tanta limpieza.

–¿No te habrás echado novia, hijo?

–No.

–Entonces... ¿te han vuelto a llamar de la Oficina de Empleo?

–Tampoco... Vamos, mamá, no te imagines historias. Sólo voy a acercarme a la Plaza del Castillo. Hoy comienza la Feria del Libro.

En el urbano (habitualmente y si el tiempo se lo permitía solía acercarse al centro dando un paseo, pero hoy las manecillas del reloj corrían más deprisa) extrajo de su billetera el papel en el que había anotado el título y el autor de la obra. En principio aquel título no le sugería sino una madurez cronológica, no sé, tal vez connotase cierta frustración por el ineluctable paso de la vida. En apenas unos minutos lo tendría entre sus manos y, por un rato, –el joven calculó dos, tres, hasta cuatro horas, según el grosor no sólo del libro, sino de la letra en él impresa– se vería inmerso en otra historia: posiblemente cambiara de geografía y desfilaran ante sus ojos –ante sus ojos cobrarían enseguida forma y color las palabras–

personajes muy diversos, quién sabe si de distinta condición y raza, que desnudarían ante él sus vidas: sus temores, sus ansias, sus amores y los amores que no lo fueron, y tal vez fuese una simple anécdota, un anhelo compartido o un mismo sueño lo que los identificara; tarde o temprano surgiría ese guiño cómplice que haría posible que ficción y realidad se tocaran. Quizá el chófer que ahora no dejaba de gruñir, « *¡al autobús se viene con el dinero justo, señora!* », apareciese en la novela vestido con otro uniforme e incluso con algo más de cabello, y desvelara su frustrado esquema de vida –a lo peor por haberse visto abocado a seguir un esquema demasiado lineal y estricto–; o la señora endomingada del segundo asiento, que se mostraba risueña de rímel y colorete, en el libro se llamara Rosa en vez de Susana, y se sincerase en unas líneas de tinta a menudo maldita y confesara las causas de su desamor y de su miedo; o incluso apareciera él mismo, o se sintiera reconocido y hermanado en un ideal o en un personaje pregonero que dijera en voz alta, en su nombre y en el de otras voces apagadas aquello que se mantenía oculto en los recovecos de la memoria.

Nada más descender del autobús releyó el título en aquel *papel-chuleta*, que no tardó en arrugar hasta formar con él una bola y verterla con habilidad y acierto en una papelera.

Cada cinco o seis pasos se autoevaluaba; repetía en voz baja las cinco palabras que conformaban el título, embebido hasta tal punto en recordarlo que no se percató de los pitidos ni de los desaforados gestos del municipal recriminándole haber cruzado la carretera por un lugar sin paso de cebra, como tampoco fue consciente de la efervescencia que adquiría la ciudad –una camioneta descargaba su mercancía, se abría un nuevo comercio, un ciego vendía la suerte desde una cabina, olía a pan y a café, una campana llamaba a misa y una estridente bocina iniciaba el estúpido ritual de los acelerones y las prisas y asestaba la primera puñalada trapera a la mañana– hasta llegar a la plaza y toparse con los stands de libros, que instalados en los soportales la bordeaban por completo. Algunos de ellos mostraban como reclamo las fotos de ciertos autores, cuyas obras se exhibían sobre las mesas-mostradores, en primera línea.

El joven consideró conveniente dar una vuelta completa, no porque desconociese el lugar (podría recorrerlo aun con los ojos cerrados) sino por verificar el número de librerías que exponían sus materiales, por realizar un análisis menudo, y seguramente poco certero, de las personas que se encontraban al cargo de cada puesto: intentar adivinar en una mirada un sesgo de simpatía o mala uva, atisbar rasgos de una seriedad implacable en un brusco remolineo de brazos, en un severo tono de voz, que disuadía de gastar la menor broma. Su deseo era pasar desapercibido. Para ello debía permanecer callado o mostrarse lacónico en sus peticiones (especialmente con las dependientas), evitar los cruces de miradas y mostrarse imperturbable ante las sonrisas aviesas de algunas de ellas, ante sus comentarios arteros, *«¿te gusta el libro, chico?»*, o *«¿disfrutas con la lectura, guapo?»* con que en otras ocasiones le habían sorprendido dependientas de su misma edad o ya talluditas, y a los que repuso con respuestas manidas y esbozando una sonrisa de idiota redomado; una sonrisa que acababa por convertirse en sonrojo, y que le obligaba a acelerar un *«adiós, hasta luego»*, y a abandonar el puesto. Mas tampoco era cuestión de alarmarse antes de tiempo. Un año eran muchos días, y su cuerpo había sufrido notables cambios: era cinco centímetros más alto, su nariz más prominente, más angulosas sus facciones, y sobre el labio superior nacía y crecía el vello suficiente como para presumir de bigote. Algo más animado bajo aquel disfraz natural que la vida –unas veces sabia, otras no tanto– iba diseñando, pensó en la dirección que había de seguir: ¿empezaría el recorrido de izquierda a derecha o viceversa? Como alertado por la voz de su primer maestro, aquel vozarrón pregonero de temblores y acicate para el escalofrío, *«mocete, mocete ¿aún no sabes cuál es tu mano izquierda?» «Sí, señor, ésta». «Pues métete en la cabeza, mocé, que lo mismo cuando leas que cuando escribas lo debes hacer desde la izquierda a la derecha».* Así pues, por fidelidad al hombre que sudó la gota gorda para inculcarle la direccionalidad correcta en el proceso de lecto-escritura, decidió iniciar el recorrido por la izquierda.

Anotaba el número de expositores. Era un dato importante, no sólo por el hecho de conocer su número exacto, sino por cerciorarse en cuáles se encontraba a la vista del público la novela.

Porque la obra debería encontrarse a su alcance. El hecho de demandarla al librero suponía para él establecer un estrecho vínculo que casi le comprometía a comprarla. Por fortuna (o por pura lógica, pues se trataba de la novela más aclamada por crítica y público) podía verse en casi todos ellos y, al igual que las obras de los autores de las fotos, en primerísima línea. Al parecer se trataba de una gran obra, pero grande también en su extensión. ¿Sería capaz de leer semejante tocho en lo que restaba de mañana? ¿No hubiera sido más acertado elegir, como el año anterior, un libro de relatos? De esta manera, si la hora de la comida le sorprendía enfrascado en la lectura, bastaría con concluir el relato. Y punto. Pero una novela... Como impulsado por un resorte aceleró el paso. Debido al encadenamiento de las librerías, el joven dudaba dónde comenzaban o acababan los expositores de unas u otras. Mas lo importante era que de las doce que llevaba contabilizadas hasta ese momento, en las doce se encontraba –y a la vista– la novela. Los puestos trece, catorce y quince apenas si los cruzó el tiempo justo para señalarlos y contarlos –como los niños– con los dedos; el dieciséis y el diecisiete parecían haberse especializado exclusivamente en comics y tebeos –allí los protagonistas eran tipos musculosos con antifaces y refulgentes espadas, o monumentales mujeres con sostenes metálicos y también de metálicas miradas–. Era el puesto número dieciocho el que cerraba el paseo, y enseguida pudo ver la novela, mejor dicho, una torrecita con abundantes ejemplares de ella, en una esquina de la mesa. Podría acabar su lectura de manera discreta.

Una vez realizado el recuento anotó el primer dato en su memoria: dieciocho menos dos, dieciséis. Dieciséis pequeñas estaciones en las que ser espectador y cómplice de los avatares de los personajes pobladores de la «**magistral novela, rebosante de maravillas, que narra la metamorfosis imaginaria de un gris empleado, ambientada en una vaga ciudad y en un tiempo igualmente incierto...**»

Como el diestro que repite vuelta al albero, el joven, una vez hubo pergeñado la estrategia a seguir, inició su segunda vuelta a una plaza en la que la gente, aun sin llegar a formar tumultos,

empezaba a congregarse ante los puestos e iniciaba el ritual de ojear portadas y contraportadas, de soslayar obras que otros adquirían, de reparar en los numeritos escritos a lápiz y que indicaban los precios de cada volumen y calcular a ojo de buen cubero, unos, o con la ayuda de la calculadora solar de bolsillo, otros, el precio final, tras el diez por ciento (gentileza del gremio de libreros) de descuento.

El joven sintió un ligero temblor en las manos al sostener el libro, en aquel puesto que, según rezaba en el cartel, pertenecía a la *Librería Universitaria*. Fue un primer contacto más táctil que visual. Se estremeció al comprobar la anchura del lomo –casi tres dedos– y el número de páginas: 369, repartidas, según constaba en el índice, en veinticuatro capítulos y un epílogo. El joven vaciló si dividir los capítulos entre los puestos (realizada mentalmente la cuenta salía a capítulo y medio por puesto). La relación capítulo (o capítulo y medio) puesto podría acarrearle más de un problema, pero al menos uno muy serio: ¿acaso todos los capítulos tenían el mismo o similar número de páginas? No. Así que lo mismo podía permanecer ante un puesto unos minutos –debido al rápido discurrir del capitulillo– que una hora –a causa del capitulazo–. Aun con el inconveniente que pudiera derivarse de dejar a algún personaje colgado en una línea, o con la palabra guillotinada a pie de página, el joven consideró más apropiado realizar una sencilla operación entre un dividendo de páginas y un divisor de libreros. Por unos instantes entornó los ojos, y sus labios fueron un mar de murmullos y de cuentas: *«369 (370, redondeando) entre 10… a 37, o sea que entre 20 a… 18,5; pero claro, no son 20 los stands, sino 18; qué digo 18…, en realidad se reducen a 16, una vez descontados los que sólo venden comics y tebeos. Así pues, 18,5 multiplicado por 4 (que he calculado de más) igual a 74. Y ahora…¿Qué hago? Ah, claro… las 74 páginas las distribuyo entre los 16 stands que debo visitar, lo que supone 4,6 (4,5, redondeando) páginas a añadir a las 18,5. Conclusión: si al terminar el recorrido deseo haber leído la novela, debo leer 23 páginas en cada puesto»*.

Una vez resueltas las operaciones –¿seguro que la dependienta no había reparado en él y le miraba con recelo?– el joven con-

sideró haber perdido un tiempo precioso y se puso manos a la obra. Se saltó la dedicatoria y comenzó por ese capítulo primero que nacía en la página 15 (eso era comenzar con ventaja), y en el que un hombre –no podía asegurar todavía si se trataba del protagonista o de un personaje comparsa– una mañana de octubre escarbaba en sus recuerdos; evocaba sus vivencias infantiles junto a un tío que, precisamente en la página 23, prometía contar a su sobrino la historia jamás contada. Y ante la expectativa de aquella historia, el joven se vio obligado a interrumpir la lectura una vez alcanzada esa página 23, ese cociente que marcaba la pauta media de lectura. Asumiendo el papel de despistado y forzando un carraspeo, dejó el libro sobre el expositor y avanzó hasta el siguiente.

Con qué celeridad discurren las vidas de los personajes en las novelas. Bastan unas líneas para surcar una niñez repleta de juegos y desembocar en la edad provecta. Y es a esta edad cuando a base de recuerdos y bajo una solapada nostalgia se intenta recuperar de nuevo al niño. Algo parecido le sucedía al personaje de la novela: un ser insatisfecho para el que la vida había adquirido ribetes de rutina, y que un buen día decide inventarse una a su medida.

En *Librería Gómez*, el protagonista –lo era; todo giraba en torno a su vida cotidiana y en torno a aquella otra vida onírica por él imaginada– inició un idilio platónico con la musa del maestro-poeta de una tertulia literaria, y comenzó asimismo la rivalidad amorosa entre el maestro-poeta y el personaje que el protagonista asumía: otro poeta. Los dos a la conquista de la muchacha de ojos verdes, cabellos rubios y piernas largas (el joven la imaginó en exceso flaca, con las piernas y brazos como sarmientos, y un tanto ñoña; no era su tipo). Ya podían los poetas pelearse e incluso retarse a duelo por ella. El gris oficinista la seguía furtivamente, distanciado unos pasos de ella, y justo en el momento en que la musa doblaba una esquina, el joven lector les perdió la pista: había agotado el cupo de páginas. Tentado estuvo de continuar con el relato allí mismo, mas en una de las ocasiones en que elevó la mirada del libro (solía hacerlo cada quince o veinte líneas) le pareció atisbar en los achinados ojos del librero el germen de la ira, como si faltara muy poco para que su paciencia se agotase y lo mandara al

cuerno. Memorizó el número de la página para reencontrarse con ellos enseguida. Imaginando tras aquella esquina un laberinto de vericuetos y callejuelas prosiguió el recorrido con la incertidumbre de conocer si el protagonista y su amada lograrían salir indemnes de semejante embrollo. *«¡Si ya es difícil encauzar con acierto una vida* –pensó– *cuánto más será hacerlo con dos!* Pudo ver al oficinista-poeta avanzando por las angostas y empedradas calles, semejantes a algunas de su pueblo, sigiloso como un gato, con el corazón, más que palpitando, balanceándose de un costado al otro y haciéndole perder el equilibrio. En realidad, el joven era consciente de su osadía al alterar el relato, ya que no eran las calles de su pueblo las allí descritas, ni siquiera parecidas, pero él siempre acababa por crear semejanzas. De esta manera sentía a los personajes más cercanos, como vecinos. Así, con la sensación de haber dejado semiperdidos a los amantes por las estrechas e intrincadas calles de su pueblo acudió con presteza al stand de *El Parnasillo*. Mas apenas hubo llegado, la realidad se le presentó bajo la femenina forma de Maribel, quien con un leve espaldarazo y una sonrisa de oreja a oreja deshizo el mágico hechizo. *«¿No prometiste llamarme, eh? ¿No ibas a llamarme?»* ¡Dios! Aún no había encontrado la página por la que debían deambular los personajes, y su amiga, su voz engolada, le hizo hallarse junto a la musa. Y sintió lástima por el protagonista, un tipo simpático, que se había prendado de ella. Que se la dejase para el poeta-maestro, a todas luces más viejo y bobo, y que se buscara otra reina para su corazón palpitante de sonetos. *«¿Cómo tú por aquí?» «Ya ves…»* No sabía cómo quitársela de en medio, pero debía pensar la manera como hacerlo. Y pronto. Maribel era capaz de pegársele como una lapa. Y si la musa de la novela no era su tipo, ella tampoco. Maldijo la noche en que el clarete fue suficiente lenitivo para marcarse con ella unos bailes y soltarle una sarta de estupideces que, a la postre, resultaron ser (para Maribel) piropos galantes. Desde aquella noche Maribel no cejó de llamarle. De ahí el mosqueo de la madre, convertida en portavoz telefónica, de presentir un idilio de su hijo, de imaginar tras el profuso lavado de dientes unos besos profundos, bucales, de enamorados en celo. Aquellos piropos, o lo que fueran, que jamás sirvieron para encandilar a las chicas por las

que su corazón brincaba, surtieron efecto con Maribel, a quien no merecía la pena describirla por fuera ni por dentro, y que ahora masajeaba el cabello del joven a la altura de la nuca. *«Hueles a menta* –le dijo–. *¡Cómo hueles a menta! ¿No tendrás un chicle para darme?»*. El joven se limitó a negar con la cabeza, sin molestarse en explicarle que el olor a menta se debía a la saturación de dentífrico rico en clorofila con que se había cepillado los dientes para prevenir, más que la caries, la halitosis. No sabe cómo, pero las mentiras brotaron de sus labios una tras otra, como las cuentas de un rosario: mentirijillas, mentiras piadosas, alguna que otra mentira gorda.

–Siento tener que dejarte, Maribel, pero he quedado –consultó su reloj de pulsera para dar más verismo a la excusa –a las doce y media con mi moza–. Lo había dicho (ni él mismo daba crédito) con la mayor naturalidad. Maribel mudó la expresión risueña por otra que dibujó un rictus de sorpresa.

–¿Te has echado novia? –balbuceó–. ¿Te has echado novia?

–Bueno, tanto como novia... –Maribel le miró, mas poco tardó en humillar la mirada. Sus dedos, los mismos que poco antes revolvieran su cabello, resbalaban ahora por la cubierta de un libro cualquiera–. Y... ¿quién es ella? ¿La conozco? –Era una pregunta tópica, pero al joven le pilló por sorpresa. Le resultó extraña su propia voz al oírse decir:

–No sé si la conoces. Creo que no. Se llama María... Es una chica rubia, de ojos verdes, muy delgada. Ha comenzado la carrera de Filosofía y Letras. Suele ir a menudo por el bar Josemari. Quizá la hayas visto. –Sin un aparente interés por la descripción, Maribel sostuvo entre sus manos el libro motivo de la lectura, la cárcel en la que se hallaba prisionera (y en ese momento perdida) esa novia prestada, y que el joven temía hasta que saltara de la tinta y delatase la falacia.

–En fin... –dijo–, si te compras la novela y te parece buena me la dejas, ¿vale? –Y en aquel ¿vale? impregnado de una inconsistente sonrisa, el joven pudo adivinar la despedida y el final de las

llamadas telefónicas–. También yo he quedado en una cafetería de la Estafeta.

El joven suspiró aliviado al verla marchar. Al retomar la lectura y toparse con la musa rubia, a quien se había permitido matricular en la Facultad de Filosofía y Letras, sintió como si aquel personaje hubiese dado un nuevo rumbo a su vida; fue un comodín oportuno para ganar (quizá el verbo ganar resultara algo cruel en este caso, lo reconocía) una partida por la que nunca mostró ningún interés en que se jugara.

En el stand de *Auzolán* encontró al protagonista en animada charla telefónica, hasta que en un momento dado su interlocutor le comunica su deseo de visitarle, noticia que le deja boquiabierto y sin habla. Como demudado quedó el joven al verse reflejado en las gafas-espejo tras las que se escudaba la librera de *Punto y Coma*. De repente se sintió ebrio de una mezcla de inquietud, nerviosismo y vergüenza. Notó un picor molesto en la frente, en la nariz, en las orejas... Él reflejado en aquellas gafas, que a su vez transmitirían la señal óptica hasta la retina. *«Mi imagen quedará archivada en su cerebro* –le dio por pensar–. *Y tal vez esa imagen no se le borre a esa insensata nunca»*. La sola idea le produjo pavor: él espiado y fichado por sospechoso de no sabía qué clase de delito, pero sospechoso al fin y al cabo, bicho raro al que no convenía perder de vista, como si, en vez de ojear un libro, albergara la idea de esconderlo bajo la cazadora y no pasar por caja.

Aun siendo consciente de que tal decisión daba al traste con su programa de lectura, se saltó ese puesto y el siguiente (le pareció detectar cierta complicidad entre los libreros). Al pasar junto a los puestos de comics tuvo la sensación de que las hercúleas y aguerridas rubias de las portadas le miraban de refilón, e incluso vio trocarse la foto de un escritor (que por la tarde firmaría ejemplares de sus obras) por una suya con un «WANTED» impreso en gigantescas letras de imprenta que lo delataba.

Ante ese final que no llega, parapetado todavía tras un centenar de páginas, el joven se debatía entre la permanencia estoica en ese puesto número 18 hasta la última palabra o la huida . Un tem-

blor precedió a un sudor frío que le hizo sentirse enfermo. ¿Y si leía el párrafo final? Por un momento tentado estuvo de hacerlo. Pero... ¿¡cómo abandonar al protagonista, a quien ya consideraba su amigo, en un momento tan crucial, huido y oculto en su propia ciudad, lamentándose de haber vivido en el fondo de una cueva y de haber visto pasar sólo sombras, mientras esperaba en la soledad de un parque la llegada de su esposa!?

Con la perspectiva de dejar inconclusa la lectura de la novela, se preguntó por el final que el autor habría deparado para el gris oficinista. Y, por vez primera –como si el conocer el semblante del novelista pudiera facilitarle alguna pista–, reparó en la foto de la solapa: la fotografía de un hombre moreno de aspecto sencillo y bonachón, y a quien de su pecho (llevaba desabrochado el cuello de su camisa a rayas) florecía una negrísima pelambrera. Ese hombre era el artífice del universo-mundo que discurría entre palabras, y a cuyos confines era prácticamente imposible que llegara.

En su retroceso derecha-izquierda, se frenó en la confluencia de la Plaza del Castillo con la calle Chapitela. A ritmo casi de carrera se dirigió calle abajo, ante la posibilidad –le sobrevino de pronto la idea– de acabar la lectura en unos grandes almacenes, situados a escasos cien metros, en su sección de libros. Allí, lejos del tráfago de gentes y de miradas, conocería el desenlace (el aspecto del escritor le hizo aventurar un final feliz). Recordó una vez más el eslogan publicitario de aquella **«magistral novela, rebosante de maravillas, que narra la metamorfosis imaginaria de un gris empleado, ambientada en una vaga ciudad y en un tiempo igualmente incierto. Un fulgurante éxito proclamado por la crítica como el libro del año».** Las campanas de la catedral repicaron dando la hora. *«Las dos»*, contó. Pero sólo al hallarse frente al establecimiento y comprobar que la puerta se encontraba cerrada, cayó en la cuenta de que el horario comercial no coincidía con el de la Feria. Los maniquíes, tras los escaparates, sonreían.